Pedro da Murrone era un anciano ermitaño que moraba en las montañas de Apulia, de donde lo sacaron para que fuese Papa. Como no quería acceder a aceptar esta dignidad, dos grandes reyes fueron a su soledad para acompañarle descalzos a Roma.



BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

# El Libro de narraciones interesantes

EN estas páginas insertamos otras narraciones tomadas de la vida real, algunas leyendas de la antiguedad y las fábulas del esclavo Esopo. Debemos recordar que en el mundo existe un número incontable de historias de todo género y que muchas veces las de cosas reales son más interesantes que las forjadas por la humana imaginación. Los hechos portentosos que se suponen ocurridos en país de hadas, las extraordinarias leyendas de cosas y ciudades que se suponen surgidas por arte de encantamiento, no son más maravillosas que la verídica historia que se refiere en estas páginas del Papa que abdicó el pontificado. Estas narraciones merecen las leamos no sólo porque despiertan nuestra imaginación, sino porque nos facilitan la comprensión de la historia actual del mundo. Las fábulas que darán comienzo en estas páginas son cortas narraciones que nos ayudan a comprender grandes verdades; y jamás las leeremos demasiado ni nos empaparemos lo bastante de sus enseñanzas.

## EL PAPA CELESTINO V

HABÍA en Italia un pobre labriego que tenía doce hijos, de los cuales el onceno, llamado Pedro, era un muchacho pacífico, reflexivo, que gustaba más de la consideración de los misterios de la naturaleza que de los juegos y aventuras de sus hermanos. Al cumplir los veinte años de edad, dijo a su padre que deseaba retirarse a un monasterio y hacerse monje, y habiendo aquél accedido a su deseo, partió con su bendición y profesó en un convento, donde permaneció cinco años completamente apartado del mundo.

Pasados estos cinco años marchó a las montañas de la Apulia, donde en el silencio y grandor bravío de una inmensa selva empezó a vivir como eremita, agregándosele allí algunas almas piadosas y contemplativas. No se le juzge cobarde que huía de los cuidados y dolores del mundo; creía que nada puede aliviar tanto los trabajos de los hombres como la oración, y se retiraba del mundo porque el eremita puede orar con más fervor que aquellos cuyos pensamientos están absorvidos por las preocupaciones y tráfago de la vida cotidiana.

Pedro da Murrone, vivió, pues, en aquella selva bravía de la falda de la montaña lejos de los centros habitados, hasta edad avanzada. Sus discípulos gustaban de sentarse a su alrededor y escuchar sus palabras, tan caldeadas por el amor divino, que les parecía percibir a Dios, que la tierra era sólo un sueño, y que desapareciendo de pronto de su vista, en su lugar verían incontables legiones de refulgentes ángeles. En una palabra, Pedro era un hombre piadoso y sencillo, lo que llamamos un santo.

Estando un día, ya anciano, sentado en su celda de la montaña meditando en las cosas divinas, presentáronsele los cardenales y grandes dignidades de la Iglesia y le pidieron que se fuese con ellos para sentarse en el solio pontificio. Aquella petición causó a Pedro más horror que sorpresa. ¡Él, Papa! ¡Él, pobre ermitaño, cabeza visible de Cristo en la tierra! De sólo pensarlo se estremeció con espanto.

Parecíale no ser bastante pío ni puro; pero acudieron a su celda más personajes, barones, prelados, estadistas, y dos poderosos reyes, que se arrodillaron ante él y le suplicaron accediese a ser Papa: « Venid y sed Papa—le dijeron—. La fama de vuestra santa vida hase extendido por el mundo, y si venís con nosotros, todas las naciones tendrán paz, porque todos os desean por Papa ».

Con lágrimas en los ojos suplicó el ermitaño a los reyes que lo dejasen en su celda de la montaña; pero ellos no quisieron ceder, y por fin, aunque penosamente, Pedro hubo de complacerles.

Salió, pues, el ermitaño para la gran ciudad donde le había de imponer la tiara, y fué montado en un jumento guiado por los dos reyes, que caminaban descalzos a uno y otro lado de la cabalgadura. Detrás seguía una lujosa comitiva de cardenales y nobles; y como la noticia de su paso se había extendido rápidamente, de todas partes, al través

de las montañas, acudían campesinos a contemplar espectáculo tan maravilloso.

Bien pronto rodeó a Pedro inmensa muchedumbre, y así entró en la ciudad: con los dos reyes descalzos, guiando su jumento; con el cortejo de nobles y príncipes que le acompañaban; y con enorme multitud de pueblo, que le rodeaba y le seguía con aclamaciones e himnos. ¡Qué triunfo para el hijo de un pobre labriego!

Mas Pedro sintióse desgraciado e infeliz en su palacio. Hallábase—hombre piadoso, sencillo, que sólo conocía su Biblia—rodeado de hombres inteligentes que deseaban su influencia. Encontrábase triste y solitario entre aquellos brillantes maquinadores, y suspiraba por su celda de la montaña. Quería hablar, no de reyes y rentas, sino de Dios y de su amor divino.

Cuéntase que un descontento de la elección de Pedro, tramó un complot para arrojarlo del trono. Dispuso secretamente que durante la noche y junto al lecho del Pontífice sonasen trompetas y dejasen oir voces conminándole a volver a su ermita. Pedro creyó que aquellas voces venían del cielo y recriminándose amargamente por haber soñado que Dios pudiera haber elegido a un ermitaño tan humilde para Papa, abandonó el trono y huyó secretamente de palacio, haciéndose a la mar en una barquilla; pero se levantó una tormenta, y la débil embarcación fué arrojada contra la costa, donde fué reconocido y después de prenderlo, conducido a un castillo.

Allí vivió diez meses, y murió a los ochenta y un años de edad, muy gozoso de librarse de este mundo de cuidados y querellas, y poder ir, finalmente, al cielo a gozar de la vista de Dios, en recompensa de sus muchas virtudes.

En el convento Celestiniano de la ciudad de Aquila, en Italia, se ve aún la tumba del Papa Celestino V: es la tumba de Pedro da Murrone, el onceno hijo de un labriego, que llegó a Papa y abdicó el pontificado.

## LA FALSA ALERTA

DURANTE el sitio de Gibraltar, en el momento en que los ingleses esperaban de un instante a otro un ataque general, un centinela que habían colocado a boca de noche frente a la torre del Diablo, estaba a lo último de la muralla, silbando y fijando sus miradas sobre las líneas españolas, no soñando más que fuego, bombas, minas, brecha y fuego de fila. Al lado de su garita tenía un puchero donde había ocultado su comida, que consistía en un potaje de garbanzos.

Una mona muy grande (sabido es que la cima de esta roca estaba entonces cubierta de estos animales), alentada por el silencio del centinela, y llevada del olfato, se acercó al puchero y metió su cabeza para regalarse, con lo que contenía; pero después que satisfizo su necesidad, cuando quiso escaparse, no pudo sacar la cabeza, y se llevó el puchero por gorro, marchando con los pies de atrás.

Esta terrible aparición apenas se presentó a los ojos del centinela, cuando el militar convirtió al pobre Beltrán (el mono) en un granadero español ensangrentado y herido mortalmente. Ya exaltada su imaginación con esta idea, y lleno de miedo, disparó su fusil gritando con todas sus fuerzas, que el enemigo había escalado la muralla.

La gran guardia tomó al momento las armas con este aviso, el tambor resonó, por todas partes, y en diez minutos estuvo toda la guarnición formada para la batalla.

El supuesto granadero, a quien incomodaba mucho el sombrero, y que estaba casi ciego con el peso y el potaje, no estuvo mucho tiempo sin ser descubierto, y su prisión restableció la tranquilidad en el campo que se había creído sorprendido.